

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)

Jordi Gracia

# El intelectual melancólico

Un panfleto



EDITORIAL ANAGRAMA  
BARCELONA

*Diseño de la colección:* Julio Vivas y Estudio A  
*Ilustración:* Josep Cisquella, «Coca Cola Sign on Modernist Wall»  
(detalle), 2004

*Primera edición: octubre 2011*

© Jordi Gracia, 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6333-8  
Depósito Legal: B. 24627-2011

Printed in Spain

Reinbook Impres, sl, Múrcia, 36  
08830 Sant Boi de Llobregat

*Por definición los panfletos no se dedican, e incluso es aconsejable que sean anónimos. Éste incumple los dos requisitos y va dedicado a Isabel, a Laura, a Joan y a Guillem, antídotos de mis melancolías.*

No nos consolamos de haber sido engañados por nuestros enemigos y traicionados por los amigos, y en cambio a menudo nos satisface ser engañados y traicionados por nosotros mismos.

LA ROCHEFOUCAULD

When I was young, it seemed that life was so wonderful,  
a miracle, oh it was beautiful, magical. (...)  
Then they send me away to teach me how to be sensible,  
oh logical, responsible, practical.  
And they showed me a world where I could be so dependable,  
clinical, oh, intellectual, cynical.

SUPERTRAMP

Este cuadernillo ha acabado titulándose *El intelectual meláncolico. Un panfleto* porque el editor no aceptaba titularlo *Panfleto contra el prestigio de la melancolía entre los intelectuales afectados por el síndrome del narciso herido*. Al final ha quedado reducido a su asepsia actual porque el mismo editor creyó que era demasiado título para tan poco texto y tenía razón. Es mucho más exacto ahora y no desmiente lo que le pasa al autor: prefiere la sombra de Falstaff, del Doctor Johnson, de la tradición estoica o epicúrea y le subleva la afectación melancólica, teatralmente motivada. Pero sobre todo le revienta la particular deformación intelectual que proyecta sobre la realidad un estado de ánimo de etiología estrictamente privada y llamativamente sencilla: la frustración en el límite de la edad productiva, el desengaño frente a las mu-

taciones sociales imprevistas, la herida abierta de una vanidad nunca estabilizada.

Las enfermedades morales nos las ganamos a pulso cada uno de nosotros, así que el veneno no está en la afectación individual sino en el crédito público que prestigia la melancolía del intelectual. Muchos de ellos encarnan hoy las múltiples variantes del éxito, pero demasiadas veces escriben desde el resentimiento y son escuchados como príncipes valientes contra el envilecimiento moral y cultural de nuestra sociedad. La melancolía se ha adueñado de ellos porque nada está siendo como debería y, para empezar por lo inmediato, las cifras de ventas de sus libros suelen estar lejos de las escandalosas cantidades que manejan otros: unas veces más jóvenes, otras insolentemente más jóvenes, y por lo general, a sus ojos, semideficientes o puros indigentes intelectuales.

El lector ya sabe, por tanto, que este librito llega de otro melancólico fundamentalmente asustado e incluso proclive a contraer la enfermedad de forma prematura. A veces me parece que este panfleto nace del miedo a la melancolía y de la necesidad de conjurarla, aunque uno esté bien lejos de ostentar autoridad alguna, como no sea en el muy inestable territorio de su parcela académica. Es verdad también, sin embargo, que la me-

lancolía de la que trata este libelo procede de una estirpe diversa de la que Aristóteles asoció con la genialidad o Marsilio Ficino pegó a la creación o Robert Burton rastreó como un sabueso enloquecido en la tradición de Occidente. Mi melancolía protagonista no es la del poeta inspirado o el novelista mayor ni es la resonancia necesaria de un solo de John Coltrane o de un fotograma de Von Stroheim. Ni siquiera es esa melancolía que necesita la alegría para detectarse tontamente dormida.

La melancolía de mi susceptibilidad es el aire de hastío cansado y de abandono, de derrota y de renuncia que genera la transformación desordenada del presente en intelectuales con muy pocas razones para quejarse y sin argumentos más allá de la irritabilidad que el desorden suscita en sus órdenes fosilizados. Profetizan el apocalipsis que anida en cada nuevo gesto social o público para denunciar la disolución de la alta cultura en la sociedad atolondrada del presente. Mi ira viene de la melancolía que se activa detrás de la ultimísima estadística sobre faltas de ortografía de los escolares, o en las últimas conjeturas sobre la decadencia docente, o en los índices de audiencia de un programa televisivo de chorradas, o en la fortuna editorial de un escritor patoso pero comer-

cial: avisos angustiosos que sólo ellos detectan de una regresión civil y educativa irreversible o, peor aún, definitivamente abocada al submundo de lo humano.

Me he sentado también yo con espanto junto a mis hijos cuando escriben en sus redes sociales, con sus manos maltratan mi hipersensibilidad lingüística y humildemente deduzco mi impotencia para hacer frente al desorden: por qué no acentúan, por qué no puntúan, por qué garabatean el teclado alocadamente, por qué no leen más, por qué no piensan mejor, por qué no hacen lo que deben hacer y como debe hacerse. Pero el asalto dura poco, a veces porque contraargumentan con celeridad y osadía, a veces porque huyo despavorido de casa, a veces porque los echo literalmente a empellones de mi mesa de trabajo. Entonces me siento yo y escribo atacado de los nervios, tras repasar a mis clásicos, tras leer el último artículo de fondo en *El País* –de Ferlosio, si es posible– o el último ensayo, grueso, maduro y excelso de Anagrama o Taurus, o busco la agenda cultural de la Caixa y compro compulsivamente entradas para los conciertos de las tres temporadas siguientes. Cuando se acaba el ataque del miedo y agonizo en el teclado, levanto los ojos y una rara claridad regresa.



Entonces entiendo que quizá haya algo de deformación óptica o de visceralidad incontralada, y sospecho que no siempre seré capaz de detener el ataque, como quizá le sucede al intelectual melancólico de nuestro tiempo. Entonces entiendo que su perspectiva está dañada por numerosos factores pero quizá uno de ellos es la proximidad biológica al límite de su tiempo de fecundidad: apresuradamente, muy cerca de la campana, levanta los puños en un último esfuerzo para clamar exaltado que el desacato a los Grandes Nombres se pagará muy caro en un futuro que ya es lúgubre presente. Heredan del cristianismo la propensión mesiánica y el redentorismo retórico: hablan como enviados de los dioses para salvarnos de la insalubridad de un tiempo domado por valores disminuidos, e incurren en algo todavía peor, que es lo que los hace verdaderamente dañinos: su apocalipsis doméstico ciega las vías de remedio práctico y racional para las taras que las novedades, como las tradiciones, comportan. En lugar de cooperar, se apartan casi siempre envueltos en un aura de melancolía que nos deja el muerto entre los trenos.

Una mirada menos apasionada tiende sin embargo a ver cosas más sencillas: pese al crédito de sus figuras y a una fortuna social muy alta —a

menudo inflacionaria—, el semáforo para el retiro intelectual empieza a parpadear en ámbar. A algunos el parpadeo del semáforo los deja como estaban: fecundamente ocupados. A otros, en cambio, les espanta ya con un verde definitivo y funerario, aunque estén lejos de la edad propecta. Escriben y piensan como quienes sienten el olor de la muerte social y reclaman —con la dignidad que conjeturan en los viejos maestros— el lugar de la sabiduría y la rectificación del rumbo presente. Antes de cruzar la calle definitivamente quieren dejar señalada, para lección de los jóvenes insulsos, el desdén que les merece su desatención, su falta de gusto, su mala educación y su pobreza de espíritu incapaz de hacerles caso, o de hacerles más caso del que les hacen, en lugar de perder el tiempo con las naderías masivas y publicitadas sin tasa por los periódicos (en los que por supuesto escriben también los melancólicos en ventajosa competencia con los nuevos).

La melancolía no es un estadio fijo ni se alcanza (necesariamente) en el último paso de una vida fecunda; de hecho, es sobre todo un estado de ánimo que predice el desfondamiento de las esperanzas de hacer de la sociedad —o de todo Occidente— el bosque rico de imaginación, fuerza creadora y atadura a la tradición que ha sido

siempre y ya no va a ser más. El descrédito de la cultura humanística o la disolución del saber clásico en manos de muchachos descerebrados y profesores comidos por enfermedades crónicas del espíritu es sólo el icono visible de una devastación moral encubierta... Pero que sea un estado de ánimo y de casta intelectual –por cierto, en su mayoría profesores de universidad– no significa que todos hayan complicado su entrada en la madurez embarrancando en la melancolía depresiva y desdeñosa.

El lector que aún no haya sido abducido por la evidencia del final de los tiempos del humanismo no será capaz de recordar apocalipsis retórico alguno –como no sea irónico y autoparódico– ni en Jorge Luis Borges, Alfonso Reyes o María Zambrano, ni en Alejandro Rossi, Juan Benet o Rafael Sánchez Ferlosio, ni en Carmen Martín Gaité, Carlos Monsiváis o Gabriel Zaid, ni en Vargas Llosa, Jorge Semprún o Fernando Savater, por mucho que hayan tenido todas buenas razones para alimentar una melancolía hecha de ausencias e infinitos tiempos muertos ya. Casi todos perdieron amigos en el camino del alcohol, de la enfermedad, del suicidio o incluso de la melancolía. Pero no se prestaron a incrementar con su propio prestigio el prestigio social de la queja

por la equivocación de los nuevos tiempos. Combatieron cada uno por su cuenta la neurosis del narciso herido con su trabajo y con algo más: con las armas de la ecuanimidad y la prudencia, de la ironía y la conciencia nihilista. Las primeras son virtudes del hombre honrado desde la *Ética a Nicómaco*, puestos a no perder de vista a los clásicos, y las segundas son las hogueras de la lucidez modernista en medio de la selva.

Ninguno de ellos suscribiría este panfleto. Pero es lo que me gustaría imaginar que dirían privadamente, en un arrebatado de locuacidad desatada y casi irresponsable, o un punto ético. Por eso es un panfleto escrito desde la confortable posición de otro funcionario universitario que ve con melancolía tonificante la proliferación de desmayos artificiales y sensibles depresiones. El autor es hijo inconfundible de la vulgaridad contemporánea, alérgico militante a las relamidas y egoístas razones cultas y criado en la montaña pelada del Carmelo en Barcelona, como las criaturas de ficción de Juan Marsé, que es, por cierto, otro al que tampoco habrán oído quejarse contra el desorden de los tiempos modernos.